

Amor y Capital.

Karl y Jenny Marx y el nacimiento de una Revolución.

Autora: Mary Gabriel

La muerte de Musch (fragmento del libro Amor y Capital)

En marzo Eleanor estaba peor, y como Fawksy, sus estridentes chillidos molestaban tanto a los de casa que contrataron a una nodriza irlandesa con la esperanza de que el cambio tranquilizase a la criatura. Marx, que padecía una grave inflamación ocular que según creía él se la había causado la lectura de sus propios manuscritos, también estaba tragando frascos de medicina tratando de curarse de una fuerte tos. Pero el más enfermo de todos, según le dijo Marx a Engels, era Musch, su querido hijo de ocho años. Marx se hizo cargo del cuidado del niño, que padecía una severa fiebre gástrica que no podía quitarse de encima, y estuvo a su lado día y noche mientras duró su enfermedad. El 8 de marzo, según le dijo a Engels, el médico estaba contento porque el muchacho parecía haber hecho grandes avances hacia su recuperación, tantos, de hecho, que Marx ya estaba considerando ir a visitar a Engels en cuanto pudiese hacerlo con la conciencia tranquila.

A lo largo de marzo, la enfermedad de Musch fluctuó: el médico se mostró primero satisfecho con sus progresos, y luego preocupado cuando desarrolló nuevos síntomas y reaparecieron otros que parecían superados. El 16 de marzo Marx le dijo a Engels que temía que Musch no se recuperase, pero once días más tarde dijo que había mejorado visiblemente, y el médico dijo que había motivos para la esperanza. Lo importante era que Musch estaba muy débil y no estaba nada claro que pudiese resistir el tratamiento necesario para fortalecerle lo suficiente como para viajar al campo –lejos del viciado aire de Londres– donde, según el médico, podría recuperarse totalmente.

Marx siguió velando a su hijo, estando a su lado y acompañándole cada vez que se levantaba de la cama. Lenchen también estaba continuamente con el muchacho. Jenny, sin embargo, estaba tan consternada ante la perspectiva de perder a su hijo, al que se refería como su orgullo, su alegría, su ángel, el hijo de su corazón, que procuraba quedarse en la habitación delantera, lejos de su hijo, que estaba en cama en la trasera, cerca del único hogar del apartamento. Temía que sus lágrimas asustasen al chico. Pero Musch, aquel muchacho de mirada expresiva y cabeza grande, era muy listo, y decía a sus hermanas: “Cuando mamá viene a hacerme compañía, siempre me tapa las manos y los brazos para no ver lo delgados que están.” Sabía lo que su madre temía.

Mientras Edgar estaba enfermo, las niñas cuidaban de Eleanor y no perdían de vista a la nodriza irlandesa, que era alegre y de natural bondadosa, pero que tenía predilección por el brandy y la ginebra. Jenny decía que las niñas “la vigilaban como un halcón,” y finalmente Eleanor se hizo más fuerte. Engels se hizo cargo de escribir los artículos de Marx para el *Tribune*, y de este modo entraba al menos un poco de dinero en la casa.

El 30 de marzo Marx le dijo a Engels que la salud de Musch cambiaba de hora en hora. Pero las fluctuaciones implicaban más pasos atrás que adelante. La enfermedad del muchacho parecía haberse convertido en una especie de consunción abdominal, una forma de tuberculosis, y aunque no lo decía abiertamente, el médico parecía haber perdido la esperanza. Marx escribió: “Durante la pasada semana la tensión emocional ha hecho que mi mujer esté peor que nunca. En cuanto a mí, aunque me sangra el corazón y me arde la cabeza, tengo, naturalmente, que

mantener la compostura. Ni un solo momento durante su enfermedad mi hijo ha sido infiel a su carácter bondadoso y al mismo tiempo independiente.”

El 6 de abril Marx escribió a Engels: “El pobre Musch nos ha dejado. Hoy, entre las cinco y las seis se ha quedado dormido (literalmente) en mis brazos... Comprenderás cómo lamento su muerte.” Su hijo, el maravilloso granujita, el coronel, cuya imaginación, vitalidad y buen humor habían sido la auténtica savia vital de la familia, ya no estaba; su carita macilenta, su carne fría al tacto. Tras él, en las pequeñas habitaciones bajo el alero de un desvencijado edificio, en un barrio que era una cochambrosa colmena, en la ciudad más grande del mundo, quedó una angustiada soledad.

Liebknecht describió la escena en la casa de Marx inmediatamente después de que Musch fuese declarado muerto. Jenny y Lenchen lloraban sobre su cuerpo, una a cada lado, junto con las niñas, a las que Jenny agarraba con tanta fuerza que parecía que quería defenderlas de la muerte que le había arrebatado a su hijo. Marx rechazó enojado todo consuelo; la muerte de su hijo no había sido una pérdida, había sido un robo.

Pero ¿quién era el ladrón? Musch había muerto de tuberculosis intestinal, una enfermedad nada infrecuente, pero en su caso exacerbada por una mala nutrición y unas condiciones de vida poco saludables. Ningún padre en circunstancias similares podría dejar de preguntarse qué podía haber hecho para evitar aquel trágico resultado, y no cabe duda de que Marx y Jenny también se lo preguntaron. Tampoco cabe duda de que aquel descenso al rincón más oscuro de sus almas solo podía haberles llevado a una conclusión: el camino revolucionario que habían elegido era lo que lo había matado. Era el tercer hijo que perdían Marx y Jenny, pero su muerte era mucho más dolorosa. Jenny confesó que el día del fallecimiento de Musch fue el más terrible de su vida, peor que todos sus anteriores sufrimientos combinados. Un amigo de la familia dijo que la muerte de Musch hizo que el cabello moteado de canas de Marx se volviese blanco de la noche a la mañana.

Editado por El Viejo Topo http://www.elviejotopo.com/web/libros_novedades.php